

# RESEÑA DEL LIBRO: Risso Villani, J. (2024). *Curvaturas. El dolor nunca tuerce el deseo*. Editorial Chirimbote.

Book review:

Risso Villani, J. (2024). *Curvatures. Pain never  
twists desire*. Chirimbote Publishing House.

---

✍ **María Eugenia Almeida**  
Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER)  
Paraná, Argentina  
Email: eugenia.almeida@uner.edu.ar  
0009-0000-1604-3118  


---

**Recibido:** 30 de julio de 2025  
**Aceptado:** 12 de octubre de 2025  
**Publicado:** 30 de diciembre de 2025

Reseña del libro: Risso Villani, J. (2024). *Curvaturas. El dolor  
nunca tuerce el deseo*. Editorial Chirimbote.

**Cómo citar:** Almeida, M. E. (2025). Reseña del libro *Curvaturas. El dolor nunca tuerce el deseo*, por J. Risso Villani. *Palimpsesto*, 15(27), 194-196. <https://doi.org/10.35588/ap46fy95>



El título que Julia elige es -ya- una aventura dislocante de miradas patologizantes y deshumanizantes que merodean a las personas que portan cuerpos no normativos. “Curvaturas” puede ser pensado como una descripción de redondeces no impugnadas; y el “dolor no tuerce el deseo” como un aguijón punzante que invita a herir profundamente a la ideología de la normalidad, a la ideología de la lástima.

Este libro propone ventanas por donde abrir y mirar una experiencia, singular y colectiva en un mismo gesto, acerca de una vida -o unas vidas- atravesada(s) por marcas hegemónicas del ver-pensar-imaginar a la discapacidad.

La autora propone un recorrido semejante a capítulos/apartados titulados a partir de ciertas afirmaciones y preguntas que ordenan el viaje de la lectura

“¿Se puede ser amiga del dolor?”

“¿Esta espalda llevo siempre conmigo?”

“La forma de los cuerpos no es pasajera”

“Mis favoritos son los diagnósticos que no están comprobados del todo, como si el cuerpo se enfermara de posibilidades”

“Ninguna patología es una identidad”

Cada apartado alerta con ciertas palabras elegidas cuidadosamente sobre temas, situaciones, diagnósticos médicos y lugares, que nos resuenan conocidos, habituales. Julia decide hacer pedagogía, retoma ideas del sentido común, y nos explica descriptivamente qué quieren decir, a qué aluden, lo cual evoca y convoca a aquella tarea antropológica que supone extrañarse de lo que se conoce para situar(se/nos) de nuevo, en un mundo perforado por palabras re-conocidas, pero rara vez desarmadas para volver a preguntarse por su sentido.

A poco de andar ese camino, se vuelve una vidriera que exhibe lo que somos, como una película donde quien lee, empalma seguro con alguno de los personajes presentes. Así, los terapeutas aparecen haciendo lo suyo: ¡normalizar! y a menudo también moralizar. Otras veces, pocas, acompañar. Julia usa como recurso darles cierta “personalidad” más allá de sus lugares profesionales y entonces describe sus ropas, estilos, en un tono de cotidianidad, casi de cotilleo que produce una suerte de acercamiento-alejamiento a cada uno de ellos.

La “granja” insiste en aparecer a lo largo del libro; es escenario de relaciones, tristezas, compañerismo entre

quienes la habitan. Es un lugar donde Julia se (des)encuentra con su cuerpo. Rehabilitación y amores, “una de las terapias sería la rehabilitación del deseo”, dice; y nos deja pensando.

Habla de los apoyos y circunstancias propias con suspicacia; calcula el tiempo del estar o del ir a un lugar de acuerdo a la cantidad de apósitos-pañales que requerirá, otorgando medidas a horas y minutos que ofrecen no sólo una manera situada de experimentar el tiempo sino, además, que disputa con modos normalizados de hacerlo.

La angustia de quienes están cerca suyo habita Curvaturas; por momentos de modos sutiles, por otros descarnados.

La panorámica de una vida curvada. Sin golpes bajos, con inteligencia y perspicacia, “sin abandonar el cuerpo en un abrazo”, dice Julia, recordando iniciáticos momentos de empezar a bancar la mirada trituradora de la normalidad como ideología encarnada.

Explica y refuta diagnósticos con palabras que resuenan nítidas pero que -se nota- pasaron por tamiz para transmitir con sencillez y -a veces- crudeza, lo que el discurso médico elucubra sobre su cuerpo y sus partes. Detalla qué es un tomógrafo, las ventosas que le ponen en la espalda, las consonantes oclusivas, el diazepam, la voz nasal, un corset.

“Un diagnóstico es un collage de diagnósticos” afirma; y allí se estallan expresiones médicas, paramédicas, terapéuticas y estatales que pretenden hablar sobre ella. ¡Julia resiste y escribe!

El humor, el humor es siempre una posición que introduce a un mundo posible alejado de la lástima.

El dolor es un socio vitalicio: “hay días en los que lo único que no me duelen son las palabras”... Dolores y sufrimiento corporal se conjugan una y otra vez a lo largo del escrito, a la par de una narrativa vital y aferrada a conversaciones cruzadas con amigas, familia, terapeutas.

“Cuando te duele tanto el cuerpo, las palabras que usamos no alcanzan, se pierden, se caen antes de que alguien las entienda”, dice Julia, como modo de recordarnos que su experiencia vital es áspera, espinosa, picante.

También invita a adentrarnos con fuerza en los (sus) deseos y elecciones: el estudio y sus amores. Narra y da muestra de cómo se ha vuelto experta en mirar y clasificar cuerpos otros, en escudriñar voces, tonalidades y ¿defectos? poniendo en otros lo que han hecho con ella. Lo hace en serio y como conjuro contra esquivarlas de una normalidad que apesta.

Ella registra nombres propios de sus cercanías y afectos: Tiago su compañero de estudio y... casi un amor. Diego, de las clases de teatro; Candela, del hospital; Beatriz y Nelly, sus tías; Martina, una amiga; Nadia, su compañera de departamento; Franco, el lindo; Joaco, su amigo confidente; Santiago, de Tinder; Lidia, de la granja; sus abuelos y abuela; su padre y, por supuesto, su madre. La cadencia de sus palabras para hablar de ellos acerca a los lectores al latir de sus situaciones.

Discapacidad es una palabra que esquiva intencionalmente; se siente más a gusto con la idea de lo funcional en clave de diversidad. En este sentido, para ella el CUD (Certificado Único de Discapacidad) es un papel que pone en evidencia el mundo que nombra y clasifica.

Las palabras de Julia son flechas con las que juega. A veces lanza hacia su blanco predilecto: la normalidad, como idea y como práctica social. Otras veces apunta a “paciente” o “diagnósticos”.

En esta atmósfera nos hace recorrer habitaciones de hospitales, lugares diversos de la granja, un encuentro sexual fallido, una fiesta, una escena de niños burlándose, una consulta médica, una sesión de kinesiología y osteopatía, la obra social; todo al ritmo de una danza que hibrida dureza, humor y fastidio.

Denuncia un modelo profesional que nunca hizo foco en ella.

La descripción de uno de los ateneos en los cuales fue objeto de miradas intensas y testigo de conversaciones entre médicos y residentes que versan sobre su cuerpo-espalda desnudo, condensa la denuncia...

*Curvaturas* es un texto necesario, a veces tibio, otras gélido. No se respira renuncia sino beligerancia y mirada futura.

“Yo no nací, yo fui arrancada” (Julia)